

Revelación

El amor encontró el camino

La batalla que Dios ganó por usted

DAN DAY



El Amor Encontró el Camino

Título de este libro en
inglés: *Love Found a Way*
Traductor: Miguel Valdivia
Tapa y diseño Tim Larson

Derechos Reservados © 1990 por Pacific
Press Publishing Association Impreso en
los Estados Unidos de América Se prohíbe
la reproducción total o parcial de esta obra
sin el permiso de los editores.

Editado e impreso por PUBLICACIONES
INTERAMERICANAS División Hispana de la Pacific
Press Publishing Association • P. O. Box 7000,
Boise, Idaho 83707

Primera edición: 1990
12.500 ejemplares en circulación

ISBN 0-8163-9947-6
Offset in USA

90 91 92 93 94 • 5 4 3 2

Susana y Consuelo habían sido amigas íntimas desde el día en que se conocieron por primera vez en el jardín de infantes. Les encantaba jugar juntas y reírse con las gracias de la ardilla que la maestra traía a la escuela en una pequeña jaula. Cuando se mecían suavemente en los columpios, compartían sus secretos, y más tarde —al mediodía— almorzaban juntas bajo la sombra de un sauce llorón. Era tan bueno tener una amiga.

Pero ayer de mañana Consuelo no asistió a la escuela. En la tarde la maestra anunció a la clase que Consuelo no vendría nunca más. Había ocurrido un trágico accidente, informó la maestra, y Consuelo había muerto.

Cuando su padre regresó del trabajo, Susana no lo estaba esperando en la puerta para darle un abrazo, como siempre lo hacía. "¿Dónde está Susana?", le preguntó a su esposa.

—Está en su habitación —contestó su esposa con una expresión de preocupación en el rostro—. Algo pasó en la escuela. No estoy segura qué fue. Creo que debes hablar con ella.

Tocó suavemente la puerta y la niña respondió: "Entra". Su voz parecía calmada y pensativa, en nada parecida a su forma usual de hablar.

—Hola, hijita —dijo el padre, y se sentó a su lado en la cama mientras le pasaba la mano por la abundante

cabellera de color pardo—. ¿Cómo te fue hoy?

Susana no contestó. Finalmente, subió a sus piernas y reposó su cabeza en el pecho paterno, como lo hacía cada vez que quería discutir algún asunto serio.

-¿Papá?

—¿Sí, mi amor?

Tragó en seco y luego lo miró a los ojos. "¿Papá, por qué mueren los niños?"

¿Por qué mueren los niños? ¿Qué pregunta!

De todas las preguntas acerca de lo que ocurre en nuestro mundo, ésta es una de las más difíciles de contestar. La muerte y el sufrimiento de los inocentes es muy difícil de explicar de una manera satisfactoria a los adultos, cuanto más a niños pequeños.

El padre de Susana se sintió abrumado por la pregunta. ¿No le sucedería lo mismo a usted? Pocos de nosotros estamos preparados para explicar estos asuntos. Preferimos dejárselos a los expertos. Pero a veces estamos obligados a considerar una respuesta.

Una situación así puede hacernos pensar muy seriamente.

La pregunta detrás de la pregunta

Detrás de la pregunta de Susana se encuentra otra de consecuencias más profundas: ¿Por qué Dios, si es un Dios amante, permite que ocurran tales cosas? ¿Se ha preguntado esto alguna vez?

Si Dios es todopoderoso y en verdad conoce todo lo que sucede en el mundo, ¿cómo puede permanecer inmutable mientras hombres, mujeres y niños inocentes sufren y mueren? ¿Cómo podemos creer que nos ama si permite que esto ocurra?

Desde luego, Dios no ha "permanecido sin hacer nada". Tampoco ahora se encuentra inactivo. Lo que él ha hecho —y está haciendo— constituye la historia más sorprendente que alguna vez pudiera escucharse. Y esa historia, llamada el "plan de salvación", es el tema de este libro.

La respuesta verdadera a la pregunta de Susana, y a otras preguntas difíciles como la de ella, puede descubrirse sólo cuando estamos dispuestos a considerar objetivamente el problema para obtener una perspectiva más amplia. Sólo cuando entendemos el plan de salvación en sus aspectos universales y personales es que somos capaces de descubrir el significado de estos misterios tan profundos.

Para hacer esto, debemos regresar en el tiempo. Hacia el momento cuando aún no había nacido ningún ser humano. Cuando Dios estaba planeando la creación de la Tierra.

Conflicto en el cielo

Había problemas en el cielo.

Es difícil imaginarnos cómo podrían existir problemas en un mundo perfecto. Pero sí los había. Y grandes.

La Biblia nos da algunos detalles acerca de esta época distante, pero sólo en términos más bien generales. Las palabras introductorias del Evangelio según San Juan son: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (S. Juan 1:1-3). En el versículo 14 de ese capítulo aprendemos que "el Verbo" se refiere a Jesús, el Hijo de Dios, quien dejó el cielo y vino a la tierra a vivir como un hombre.

La mente humana tiene dificultad para entender la sorprendente afirmación que se encuentra en este pasaje: que Jesús es de alguna manera Dios y hombre, uno con Dios, pero a la misma vez separado de su Padre. La naturaleza de Dios es un tema que probablemente nunca entenderemos plenamente. Todo lo que sabemos es que Jesús vivió con su Padre antes de la creación de cualquier cosa y que, de hecho, él fue el agente activo en dicha creación. En el libro de Hebreos, leemos:

"En estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder... se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Hebreos 1:2-3).

Si usted tiene dificultades para captar el concepto de un momento cuando Dios creó todo el universo por medio de su Hijo, no se preocupe. Está en buena compañía. Teólogos, filósofos y científicos a través de todas las épocas han batallado con este pensamiento y aún no lo entienden.

Tampoco sabemos en realidad por qué Dios, cuya presencia colmaba toda la eternidad, decidió crear a otros seres vivientes, aparte de sí mismo. Nos alegramos de que lo haya hecho, de otra manera no estaríamos aquí; pero no podemos comprender enteramente sus motivaciones. ¿Se encontraría solo? ¿Se sentirá solo un ser como Dios? ¿O será que necesitaba alguna distracción? Si esto es lo que buscaba, creo que obtuvo lo que quería.

Me gusta pensar que hay un deseo de compartir dentro del corazón de Dios: un deseo que se refleja pálidamente y en contadas ocasiones, en la naturaleza humana. Cuando trato de enseñarles a mis dos hijos que compartan sus juguetes entre sí, en un sentido estoy tratando de cultivar en ellos un aspecto de su herencia como hijos de Dios. El deseo genuino de compartir es uno de los hábitos de conducta más nobles que podamos adquirir y representa de manera distintiva lo que conocemos acerca de Dios. Como muchos de nosotros, sin embargo, mis hijos aún no sienten entusiasmo en cuanto al proceso de compartir.

Otra forma de decir lo mismo es la de observar que Dios es un Dios de amor, y el amor necesita un objeto. Para que el amor de Dios alcanzara su expresión máxi-

ma, él necesitaba a seres humanos que lo correspondieran con su propio amor.

El comienzo de la creación de Dios

Sabemos sin lugar a dudas que hubo un momento en el cual Dios decidió que ya no estaría solo. Decidió entonces crear seres vivientes que compartieran su existencia.

Una de las primeras acciones de Dios fue la de crear lugares en los cuales sus hijos vivieran. El cielo fue probablemente el primero de todos, y luego Dios creó otros mundos semejantes a la Tierra. No sabemos cuántos creó, ni cuántos tipos de seres pudo haber colocado en ellos, pero es muy probable que de la misma manera en que el arco iris tiene muchos colores diferentes, Dios pudo haber creado seres de muchas clases diferentes.

El cielo siempre ha fascinado a escritores de temas religiosos y ha sido el objeto de extensa especulación. No obstante, en realidad no conocemos muchos detalles específicos acerca del mismo. No sabemos si se trata de un lugar en algún mundo que gira alrededor de una estrella distante. No sabemos si se encuentra cerca de nosotros en otra dimensión o en un plano de existencia diferente al nuestro. Ni siquiera sabemos si tiene una existencia física semejante a la de la Tierra.

Debido a que somos seres físicos incapaces de concebir algún otro orden de existencia aparte del nuestro, es más práctico para nosotros pensar que el cielo se parece a nuestra Tierra en muchas maneras. Hay aire para respirar y alimentos para comer. Hay calles y casas. Hay parques hermosamente delineados. Se nos dice en el libro de Apocalipsis que por lo menos tiene una gigantesca ciudad, llamada la Nueva Jerusalén, la ciudad santa (ver Apocalipsis 21:1-4).

También hay seres vivientes.

Dios creó a estos seres, conocidos como ángeles, como nosotros en ciertos sentidos, pero diferentes en otros. Sabemos específicamente que sirven a Dios en forma directa, a veces ocupándose de sus asuntos aquí en la Tie-

rra. Muchos pasajes bíblicos se refieren a ángeles. Algunos de ellos incluso mencionan sus nombres, tales como Lucifer y Gabriel. Pero es muy poca la información específica sobre estos admirables ciudadanos del cielo.

El detalle más importante acerca del cielo es que, de alguna manera especial, Dios mora allí. ¿Cómo es que un ser que está en todas partes al mismo tiempo puede estar en un lugar particular más que en los demás? Esta es una de esas sorprendentes paradojas que parten del hecho de que somos seres humanos tratando de entender lo Divino. Supongo que podría compararse a una hormiga tratando de entender una computadora, o a la mente que pudo originarla.

El libre albedrío: el gran experimento de Dios

¿Cuánto tiempo estuvo Dios en el cielo con sus ángeles antes de que el problema —llamado posteriormente pecado— comenzara a surgir? La respuesta no está registrada. Pudo haber sido un millón de años o sólo unos días.

Algo que podemos suponer sin temor a equivocarnos es que Dios ejercía un gobierno perfecto del cielo. Su actitud era amorosa, justa y equitativa. No tuvo la culpa por los problemas que se desarrollaron, excepto en el sentido de que creó a seres vivientes con la capacidad de actuar independientemente de él. Esa capacidad es la que creó la *oportunidad* para que los problemas se desarrollasen.

¿Alguna vez se ha preguntado por qué Dios abrió la puerta de oportunidad al pecado? ¿Será que se le "pasó" algo? ¿Se trató de un error fundamental de su parte?

Al contrario, todo estuvo relacionado directamente con el carácter de Dios. El libre albedrío era el gran experimento de amor de Dios. Al permitir que sus criaturas tomaran sus propias decisiones, Dios les dio algo muy especial de sí mismo. Fue una decisión originada en el amante corazón de Dios. Seres con libre albedrío podían escoger estar más cerca de Dios. Pero también

podían escoger alejarse de él y andar por caminos de rebeldía y destrucción. En la mente de Dios, valía la pena correr el riesgo.

El surgimiento del pecado

El que una poderosa figura en el cielo de Dios decidiera un día separarse de su Creador, de una manera inexplicable, es un suceso histórico trágico. Ese ser se llamaba Lucifer. Es evidente que Lucifer era uno de los ángeles más excelsos, un ser cuyo ministerio se desarrollaba cerca del trono mismo de Dios.

Los eruditos bíblicos generalmente concuerdan en que las palabras de Ezequiel 28, dirigidas simbólicamente al rey de Tiro, se refieren en forma especial a Lucifer. Se lo describe en este pasaje como el "querubín... protector" (vers. 14) y como el "sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura" (vers. 12). También se indica que estuvo en el jardín del Edén (vers. 13) y en el "monte de Dios" (vers. 16).

En resumen, era uno de los ángeles más importantes de todos, un ser al cual Dios había conferido honores excelentísimos. Esto hace que su caída sea aun más inexplicable. El versículo clave para explicar la caída de este ser majestuoso es el 15: "Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en tí maldad".

En la Biblia no se trata de explicar por qué este poderoso personaje sucumbió a la maldad (pecado), ni siquiera cómo fue que esto ocurrió. Sólo dice que se la "halló" en su corazón. Nadie sabe cuánto tiempo los instintos malignos se mantuvieron agazapados en el corazón de Lucifer antes de surgir a la luz. Pero finalmente así fue. Mientras que no sabemos por qué Lucifer pecó, sí sabemos el proceso que esto implicó: "Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor" (vers. 17). Como resultado, Lucifer, la estrella más brillante en el firmamento, se convirtió en la siniestra figura conocida en la Biblia

como Satanás, el diablo.

Guerra en el cielo

Luego que el pecado surgió en el corazón de Lucifer, no se satisfizo con apartarse de Dios por sí solo. Sacudió todo el cielo e instigó una rebelión abierta contra Dios.

En el libro de Apocalipsis, leemos:

"Hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él" {Apocalipsis 12:7-9}.

En realidad, no sabemos qué forma tuvo esta batalla celestial. La Biblia no provee muchos detalles específicos. ¿Fue una guerra física, con armas, tanques y equipos termonucleares? ¿Fue una batalla psicológica, librada por medio de reclamos y contrarreclamos, una guerra para las mentes de los ciudadanos del cielo? Esto último parece ser lo más probable; pero lo importante es que Satanás perdió la batalla y fue lanzado a este mundo. La Biblia revela que Satanás fue capaz de arrastrar a un tercio completo de los ángeles en su rebelión (Apocalipsis 12:4).

Asuntos centrales en el gran conflicto

¿Cuáles fueron los asuntos sobre los que se libró este conflicto? ¿Era sólo una rencilla sobre quién sería el "jefe" del cielo? ¿O habría asuntos más profundos y fundamentales en juego?

Hay un libro en la Biblia que parece que fue incluido para iluminar nuestra comprensión del gran conflicto entre Dios y Satanás, el libro de Job. En este libro se

presenta una interesante escena:

"Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás. Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: De rodear la tierra y de andar por ella" (Job 1:6-7).

Un diálogo sigue: más aún, una secuencia de eventos en la cual una de las criaturas fieles a Dios sobre la Tierra, un hombre llamado Job, se convierte en el foco de una batalla de voluntades entre Dios y Satanás.

Todo el libro de Job presenta una batalla cuyo botín era la mente y la lealtad de Job. Es una historia compleja, pero si usted lee todo el libro, descubrirá que lo que realmente está en juego es el carácter de Dios. Satanás asegura que Job no sirve a Dios por amor (lo que excluiría la idea de que Dios es un Dios de amor, capaz de inspirar amor en sus hijos). Lo que hace es afirmar que Job sólo sirve a Dios por las ventajas que esto implica; en resumen, porque Dios le ha dado ciertos privilegios notables en la vida. La persona que enfrenta el juicio en realidad no es Job, sino Dios.

Dios accede a permitir que Satanás quite a Job, sistemáticamente, todas las ventajas que sostienen su profesión de amor a Dios. Esto incluye sus riquezas, su familia, sus amigos y finalmente su salud. En un sentido, Satanás afirma que Job es como *él*, que su lealtad es proporcional a los beneficios que recibe. Además, está asegurando que conceptos como la fe, la esperanza y el amor son una farsa. Nadie ama a Dios en verdad; sólo le obedece por temor a las consecuencias. "Extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra tí en tu misma presencia", Satanás le dice a Dios (Job 1:11).

Es importante que comprendamos el interés personal que Satanás tiene en este conflicto. Si nadie ama genuinamente a Dios por lo que es, entonces la economía espi-

ritual del cielo y el universo no caído está en bancarota. Todo es una farsa. Por otro lado, si Job (y por extensión todos los que seguimos a Dios) verdaderamente ama a Dios y confía en él, entonces la posición de Satanás se muestra vacía y egoísta. Satanás queda desenmascarado como el mentiroso y traidor que realmente es, y la falsa base de su rebelión queda eliminada.

Satanás ataca a Job en la peor manera, enlistando a los amigos de Job e incluso a su esposa en sus esfuerzos para apartarlo de Dios. La batalla queda finalmente decidida en el capítulo 13, cuando, en medio de su desgracia, Job exclama: "Aunque él me matare, en él esperaré" (vers. 15). Job no sirve a Dios por temor o ambición. Lo sirve en base al amor y la confianza. Su lealtad no había sido comprada. Era resultado de su relación con un Dios amante y digno de confianza.

La historia de Job es, en forma microcósmica, la historia de todo el pueblo de Dios en este mundo. Es en este nivel que vemos el primer aspecto del gran plan de salvación de Dios. Como hemos visto, hubo la necesidad de refutar los ataques que Satanás lanzó contra el carácter de Dios. El nombre de Dios debía ser vindicado, que es otra forma de decir que el universo demandaba un despliegue total de la profundidad en la cual caemos cuando rechazamos los principios de amor y confianza que gobiernan espiritualmente el cielo. Sólo de esta manera podría el universo estar seguro contra cualquier repetición futura de la caída de Lucifer. El evento crucial en este despliegue fue cuando Jesús, el Hijo mismo de Dios, fue asesinado por sus seres creados. Nadie puede dudar ahora cuáles son las consecuencias de apartarse de Dios.

El hombre vindica a Dios

De una manera similar a la experiencia de Job, el carácter de Dios es defendido cuando mostramos, por medio de nuestra fe y amor, que Dios es todo lo que pretende ser. En ese sentido, vindicamos a Dios. ¡Qué pri-

vilegio tan sorprendente! Tenemos un papel importante en cuanto a mostrar cuan amante es Dios.

¡Qué confianza ha puesto Dios en nosotros! ¡Qué desafío esto significa!

Resolviendo el problema del pecado

El gran conflicto entre Dios y Satanás alcanzó su culminación en el Calvario. El maligno quedó desenmascarado al incitar a sus seguidores a crucificar a Jesús. Así se demostró que el pecado es esencialmente venal y depravado.

¿Usted cree que tiene una percepción clara de cuan horrible es el pecado en realidad? ¿Ha pensado alguna vez cuan desagradable resulta para Dios?

Al escribir estas páginas, casi todos los periódicos están publicando una noticia acerca de un hombre que mantenía a mujeres jóvenes encadenadas y desnudas en su sótano, abusando de ellas, privándolas de alimentos, golpeándolas, y finalmente despedazando sus cuerpos cuando morían. Es una historia terrible, una que no me agrada mencionar. No obstante sirve para subrayar lo que he dicho. ¿Cómo es que una criatura hermosa e inocente al nacer pudo haber llegado a esa depravación? ¿Cómo es que el pequeño niño de alguna mujer pudo convertirse en un monstruo tal?

¿Tiene usted una respuesta? Yo no. El pecado no tiene una explicación racional.

El pecado transforma a personas buenas en monstruos. Nos roba toda nuestra pureza y nobleza de carácter. Distorsiona la belleza conferida por nuestro Creador a nuestra raza y nos convierte en una especie subhumana sin principios morales, sin sensibilidad, y totalmente privada de control.

El pecado debe ser eliminado del universo. Pero, ¿cómo?

Este era el dilema que Dios debía enfrentar. La solu-

ción más sencilla era la de eliminar la posibilidad de pecar. Todo lo que Dios tenía que hacer era quitarnos la facultad de libre albedrío. Entonces habríamos hecho exactamente como él deseaba, como un ejército de robots. Pero hacer esto iría en contra del mismo propósito de Dios al crearnos. Dios no podía entablar una relación de amor con un ejército de robots.

Si suponemos que Dios no está dispuesto a eliminar el libre albedrío, ¿cuál sería otra solución para el problema del pecado? Eliminar a los pecadores y empezar de nuevo. Desde luego, esto significaría eliminarnos a todos los que hemos nacido alguna vez. La Biblia es muy clara en cuanto a la pecaminosidad humana: "No hay justo, ni aun uno" (Romanos 3:10).

En el amplio plan de salvación, Dios no se preocupaba solamente por la vindicación de su propio nombre. Eso era importante, desde luego, porque sus criaturas no podrían confiar en él a menos que él mereciese su confianza, y Satanás había introducido dudas sobre este mismo asunto. Pero eso no era toda la extensión del plan de salvación. También tiene una aplicación muy personal para la raza humana.

Uno de los mayores desafíos que Dios enfrentó en cuanto al plan de salvación fue el de preservar la vida de sus hijos, a la vez que libraba al universo de la fea mancha del pecado. El problema era de naturaleza práctica. Los ángeles habían echado su suerte cuando Satanás fue arrojado del cielo. ¿Cómo es que Dios podía preservar a sus hijos aquí en la Tierra, a la misma vez que resolvía, de una vez por todas, el problema del pecado?

El pecado en el planeta Tierra

Casi todos han escuchado la historia de la caída de nuestros primeros padres. Adán y Eva vivían en el hermoso jardín del Edén, donde caminaban con Dios en las tardes frescas y aprendían sus enseñanzas. En el jardín había un árbol especial, conocido como el árbol del bien y el mal. A Adán y Eva se les advirtió que se mantu-

vieran apartados de este árbol. Dios les dijo: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:16-17).

Muchos han especulado sobre porqué Dios puso este árbol prohibido en el jardín. ¿Estaría acaso tentando a Adán y Eva? ¿Estaría preparándoles una emboscada para que cayeran?

Desde luego que no. El amor de Dios es la única constante en este mundo impredecible. Creo que la existencia del árbol era esencial para la libertad del hombre. Al ponerlo en el Edén, Dios estaba haciendo una afirmación explícita acerca de la naturaleza de su amor por la humanidad y la felicidad que esto conlleva. Explicó las consecuencias de apartarse de él, pero hizo completamente evidente que el hombre tenía la libertad de escoger. Por eso es que el árbol tenía que ver con el conocimiento del bien y el mal. Al escoger apartarse de él, Adán y Eva aprendían acerca del bien y la vida. Si escogían comer de él, aprenderían acerca del mal y la muerte. Eran libres para escoger. El árbol estaba allí en el jardín.

No sólo el árbol estaba allí, sino' que allí también estaba Lucifer. El árbol era el único lugar en el jardín donde el ángel caído podía tener acceso directo a Adán y Eva. Su presencia indicaba el hecho de que el pecado no siempre es pasivo, no sólo implicaba la mera presencia del árbol. Algunas veces es también activo; nos persigue agresivamente, llamándonos cuando menos lo esperamos.

Un día mientras Eva caminaba cerca del árbol, Lucifer, en la forma de una serpiente, la llamó. Después de presentarse, la serpiente comenzó a invitar a Eva a que tomase una fruta del árbol y la comiese. (Lea la historia en Génesis 3.)

Puede pareceros un asunto simple y sin importancia. ¿Qué diferencia podía significar una fruta? ¿Qué podría significar una pequeña mentira? ¿O un pequeño

acto de deshonestidad? Puede parecer que no importe. Pero la vida de una persona está compuesta de pequeñas decisiones, una detrás de la otra hasta que se forma un patrón definido.

De hecho, algunos años más tarde, cuando uno de los hijos de Eva, Caín, mató a su hermano Abel, fue que se revelaron claramente las consecuencias de la pequeña decisión que ella tomó aquel día en el jardín. El pecado es como una bomba de tiempo que espera el momento más inoportuno para explotar.

La serpiente le dijo a Eva que no moriría si comía del fruto del árbol. Le dijo que Dios sólo deseaba que no alcanzara el desarrollo completo de sus aptitudes y que comer de la fruta sería una forma de afirmar su independencia.

Eva quedó hipnotizada por las palabras de la serpiente y se dispuso a creer sus mentiras. Pero no era necia. Sabía lo que estaba haciendo y lo que Dios le había dicho. Probaría a Dios para ver si decía la verdad. Una vez que comió de la fruta, la llevó a Adán, su esposo, y lo persuadió a comer también. Cuando oyeron a Dios que caminaba por el jardín, advirtiéndoles que habían tomado un camino que los conducía hacia la ruina, se escondieron tras los arbustos.

Desde ese tiempo la humanidad ha continuado escondiéndose de Dios.

Luego que Satanás conquistó a Adán y Eva para su causa, proclamó su autoridad sobre el planeta Tierra. Después de todo, ¿acaso la familia humana no había pecado, al igual que él?

No. No en el mismo sentido. Lucifer había pecado siendo un ser maduro que había morado en el mismo centro del universo de Dios. El suyo fue un acto de rebelión abierta, con pleno conocimiento de lo que él estaba haciendo. No había nada más que Dios pudiera decirle a Lucifer para recobrar su afecto.

No era así con el hombre. Adán y Eva habían sido en-

ganados para que desobedecieran a Dios. Todavía había esperanza de que aprendieran a amar a Dios tanto como él los amaba a ellos, y de que confiaran en él aun frente a las mentiras de Satanás.

¿Pero cómo lograrlo?

Sólo había una manera: El amor de Dios debía ser expresado dramáticamente en contraste con la vanidad y deformidad del pecado. Y para lograr esto, la familia humana tendría que vivir en un mundo que en forma creciente mostraría el resultado del pecado, un mundo de degeneración y deterioro moral. Dentro de ese mundo Dios introduciría su amor de una manera pura e indiscutible, un rayo de brillante luz en medio de la oscuridad. El contraste entre el bien y el mal sería dibujado en sus detalles más severos.

Entonces el hombre podría escoger.

Una misión de amor

La solución de Dios es sencilla en su concepto, no obstante involucra el sacrificio más profundo en la historia del universo. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (S. Juan 3:16-17).

Dios envió a su Hijo en una misión de amor, una misión que exigiría su muerte.

El apóstol Pablo presenta este tema de una manera resumida:

"Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor, para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:6-8).

¿Cómo es que Dios demostró su amor por nosotros? Al enviarnos a su Hijo Jesús para salvarnos, cuando no podíamos salvarnos a nosotros mismos. ¿Pero por qué tuvo que morir Jesús? ¿No podía Dios haber resuelto el problema del pecado sin pagar el precio de la sangre de su propio Hijo?

La respuesta sencilla a esta pregunta es que, de acuerdo con el principio de justicia que rige el gobierno de Dios, el pecado demandaba un rescate de sangre. "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Un justo debía morir para cancelar la deuda de injusticia. Y nadie, sino Dios mismo, tiene verdadera justicia para ofrecer. Pero esta sencilla respuesta, aunque exacta en su aplicación específica, no es muy útil para explicar el tema de la paga del pecado de una manera que nos ayude a entender lo que Dios está haciendo en nuestras vidas.

Para ayudarnos a entender esto, es mejor que pensemos en el pecado no como un acto específico de desobediencia o maldad, sino como una forma de falta de fe o de confianza. Adán y Eva pecaron porque no creyeron en el amor de Dios lo suficiente como para confiar en él. Así que cuando la serpiente acusó a Dios de engañarlos, y de mantener la sabiduría oculta del árbol del conocimiento del bien y el mal para sí mismo, le creyeron (ver Génesis 3:5).

Mientras que los seres humanos tengan alguna duda en cuanto al ilimitado amor de Dios por nosotros, siempre existirá la tentación de independizarse de Dios. Por eso es que Dios nos dio una demostración irrefutable de su amor. Envio a su Hijo para que muriese en nuestro lugar, para que nosotros pudiésemos vivir. Al mostrar su fidelidad para con nosotros, Dios desea despertar una reacción de fe en nosotros. El texto que citamos anteriormente: "La paga del pecado es muerte", es sólo la primera parte de ese versículo. Continúa diciendo: "Mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6:23). Dios ha decidido ganarnos para sí, no por la coerción, sino dándonos un obsequio

totalmente inigualado: el don de la vida de su Hijo.

Dios le dice a la raza humana: "Ustedes no pueden salvarse por sí mismos. El pecado los tiene encadenados; por lo tanto, yo actuaré en su favor. Tomaré sobre mí la carga del pecado y la llevaré hasta la tumba, para que ustedes puedan ser libres". Como San Pablo escribió: "Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia" (Romanos 5:17).

Jesús canceló todas las deudas en la cruz. Su justicia llegó a ser la justicia del hombre. La injusticia del hombre, Cristo la llevó a la tumba.

"Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)" (Efesios 2:4-5).

Dios hizo por nosotros lo que nunca hubiéramos podido hacer solos: Nos reconcilió consigo mismo.

Vida a través de Cristo

Para poder captar el amplio alcance de la salvación, debemos advertir que ésta opera en varios niveles simultáneamente. Es un tejido intrincado, en el que se entrelazan todos los intereses divinos.

Mi compañero de cuarto en la universidad y yo salimos a acampar en cierta ocasión. Cuando el camino bordeaba un pico montañoso decidimos escalarlo para ganar camino. Yo fui primero y él me siguió. A la mitad del camino, mi amigo me comunicó que sus rodillas estaban temblando y que temía caerse.

Descendí hasta donde él estaba. Dejando que apoyase su peso sobre mis hombros y literalmente colocando sus pies en las grietas de las rocas, pudimos llegar hasta abajo sanos y salvos.

Al ayudarlo, yo tenía dos sentimientos diferentes. Por un lado, advertía que él estaba en peligro y quería socorrerlo. Esta era una motivación bastante noble. Por otro lado, mi compañero de habitación era un individuo "rudo" y musculoso, mientras que yo era un debilucho de unos 44 kilos (98 lb). En cierto sentido, al salvarlo a él me estaba desquitando por todas las veces que me había hecho sentir inferior. Esta *no era* una motivación noble. Ninguna de las dos razones era más poderosa que la otra, las dos tenían la misma intensidad.

Vimos anteriormente que dentro del alcance más amplio de las motivaciones de Dios está el vindicar su propio carácter. Salvar a la humanidad era una motivación igualmente importante, aunque de una naturaleza más personal. Pero hay un nivel personal de motivación para las acciones de Dios que es incluso más específico que el de proveer salvación para la raza humana. El quiere efectuar la salvación de cada individuo: usted y yo.

Lo que Cristo logró en el Calvario se aplica a cada ser humano. En la cruz se hizo provisión para sus pecados y los míos.

"Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Romanos 5:18-19).

La vida a través de Cristo es un hecho innegable y ajeno a nuestros logros. No la merecíamos. No participamos en el proceso que la hizo posible. Dios nos salvó porque nos ama. Eso es todo.

Sin embargo, después de haber luchado tanto porque conserváramos nuestro libre albedrío, Dios no podía obligarnos a aceptar la salvación que había provisto.

Hacer así iría en contra del propósito mismo de la salvación. El don de Dios es para nosotros, pero no se nos aplica a menos que *nosotros* lo decidamos así. A menos que escojamos aceptarlo.

La relación de fe

No hay manera de entender la economía espiritual de Dios en el nivel personal que no sea en el contexto de una relación. Algunos han tratado de describir la salvación como meramente una transacción legal, y hay algunos aspectos del proceso que se prestan a esa descripción. Palabras tales como *justificación* y *redención* a menudo son usadas en este contexto. Son palabras útiles, una especie de taquigrafía para los teólogos que describe en un lenguaje técnico conceptos de una complejidad y sutileza sorprendentes.

No obstante, la amplitud de los actos de Dios a nuestro favor no puede ser descrita con la frialdad de unas meras palabras. *La salvación, en su forma básica, es un asunto de relación; es el esfuerzo divino de ganarnos para sí por medio de su amor.* Dios desea compartir la eternidad con nosotros. Está buscando amigos y familiares, no a extraños ni a siervos, para que habiten el universo. El ha actuado en nuestro favor con el deseo de demostrar cómo se siente acerca de nosotros. Ha puesto su corazón al descubierto con la esperanza de que —en presencia de su amor— confiemos en él.

Lo que Jesús logró en el Calvario canceló la deuda del pecado. Más que eso, nos mostró cuán lejos Dios está dispuesto a ir por nosotros. Sólo el poder del amor puede establecer un universo estable, al igual que la base para cualquier relación exitosa a largo plazo es el respeto y el afecto mutuos.

Consideremos una analogía humana. Para que un hombre o una mujer sea fiel a su cónyuge, debe amarlo. En el transcurso de la vida hay numerosas oportunidades de ser infiel. Si el temor de ser descubierto es la única restricción, siempre vendrá una oportunidad en la

que no haya ocasión aparente de que esto suceda. Si el temor a la enfermedad o al embarazo es el único impedimento, siempre habrán oportunidades que no ofrezcan riesgo, o la presión de la tentación puede adquirir tal intensidad que tales preocupaciones sean opacadas. Pero cuando nuestros intereses y nuestro afecto están dirigidos hacia nuestro cónyuge, y él o ella es la única persona de quien estamos enamorados, la presión de la tentación será mucho menor.

En última instancia, las personas hacen lo que desean hacer. Si lo que desean es a alguien —quien sea— que no es su cónyuge, encontrarán la oportunidad para lograr lo que desean, abierta o disimuladamente. Si no en obras, por medio de los pensamientos o la fantasía. Pero si la persona que desean es su cónyuge, la vida se convierte en una eterna celebración del amor.

Así que, ¿cuál es el meollo del asunto? Que Dios quiere que lo deseemos. El sabe que no hay otro fundamento para un universo seguro que el del amor mutuo.

No hay forma de captar lo que es el plan de salvación sin entender esto: *Dios desea que lo deseemos*. El universo estará seguro sólo cuando nuestros deseos estén de acuerdo con lo que Dios nos ofrece. Esto es lo que Jesús les dijo a sus discípulos, "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (S. Juan 12:32). Por medio de su completo sacrificio de amor, Jesús desea tocar nuestros corazones. Desea acercarnos a él. Desea unirnos a él con cuerdas de amor. El plan de salvación se basa en que Dios tiene fe en que nosotros lo aceptaremos cuando entendamos cuánto él nos ama.

Esa respuesta es el concepto detrás de dos palabras teológicas importantes: *fe* y *aceptación*.

La respuesta cristiana a Dios

Los teólogos a menudo presentan nuestra respuesta a Dios como un asunto complejo. El resultado ha sido que algunos de nosotros nos hemos preguntado si tenemos una fe genuina. Creemos en Dios, pero, ¿tenemos sufi-

ciente fe para ser salvos? De esa manera la fe se convierte en otra obra que debemos efectuar para ser aceptables ante Dios. En ese proceso de conseguir suficiente fe, perdemos de vista el verdadero objetivo.

Jesús les dijo a sus discípulos: "Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará" (S. Mateo 17:20). La fe no se mide en cantidades. La cantidad más minúscula de fe es totalmente adecuada para los logros más maravillosos por parte de Dios. La *fe* es sinónimo de *confianza*. Cuando lleguemos a confiar en Dios —que también es otra forma de decir que lleguemos a amarlo— desearemos su compañía. Desearemos que sus caminos sean los nuestros. Desearemos a Dios.

De eso es que trata el plan de salvación. Dios nos ama. Desea que lo queramos. Es así de sencillo.

Como lo dijo el apóstol Pablo:

"Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado" (Romanos 10:9-11).

Hay un concepto básico que debemos entender cuando consideramos el asunto de la salvación personal: Dios no desea excluir a nadie del cielo. El desea que todos puedan entrar. La iglesia cristiana, aunque a veces lo parezca, no es un club exclusivo. Dios no está buscando a "unos pocos buenos"; él ha abierto ampliamente las puertas del cielo y ha hecho posible que todos podamos entrar. Por eso es que la palabra Evangelio significa precisamente buenas nuevas.

La salvación está disponible para todos

Entonces todos serán salvos, ¿no es así?

No. Todos *pueden* ser salvos. Todos *tienen la posibilidad* de salvarse. Pero, desafortunadamente, no todos *lo serán*.

¿Por qué? Básicamente porque no todos quieren salvarse.

Tomemos a Lucifer, por ejemplo. ¿Estará él deseoso de regresar al cielo? De ninguna manera. Por supuesto que le gustaría librarse del castigo que le espera; pero para él, el cielo sería un infierno. De hecho, lo fue. La sola atmósfera del cielo lo ofendía. Todo el amor. Todo el afecto. Toda esa confianza. Todo esto lo asqueaba. Le parecía estúpido y humillante.

Tomemos a un hombre promedio sentado frente al televisor el domingo de tarde y viendo un partido de fútbol. No se ha afeitado ni dado un baño en todo el fin de semana. Tiene un recipiente de palomitas de maíz en una mano y una cerveza en la otra. "¡Asésínenlos! —grita cuando su equipo está en la defensiva—. ¡Adelante, adelante!", exclama cuando éste está en la ofensiva. Haga lo siguiente. Acerquese a este individuo y apáguele la televisión. Sonríale y dígame: "¡Oye, Carlos! ¿Por qué no te vistes y vas conmigo a la ópera?" ¿Cuál cree usted que será su reacción?

Después de haber esquivado el zapato que le lance, usted tendrá que aceptar el hecho de que a Carlos no le interesa la ópera. El preferiría que lo atasen a una silla y le diesen de latigazos antes que vestirse de gala y sentarse durante horas para escuchar lo que considera "la música más aburrida e inútil de todas".

Pero, ¿acaso no todos desean la salvación, considerando cuál es la alternativa? Nadie quiere quemarse en el infierno, desde luego. Pero la triste verdad es que muchos no desean el cielo tampoco. Cuando sentimos temor a las consecuencias inmediatas, la mayoría de nosotros estamos dispuestos a decir o hacer lo que sea. Todos hemos escuchado acerca de las conversiones de "trincheira", en las que las personas les prometen a Dios cualquier cosa si él los libra del peligro, cuando su vida está

en riesgo. "Voy a ser bueno, Señor. Nunca volveré a pecar. Iré a la iglesia todas las semanas. Nunca miraré a otra mujer que no sea mi esposa. Pagaré mis diezmos. Haré lo que sea con tal que me salves".

¿Pero serán honestas estas promesas? ¿Qué pasa cuando Dios interviene y seguimos vivos? ¿Cumplimos nuestras promesas? Pocos son los que lo hacen. La mayoría se encoge de hombros y dice: "Gracias de todas formas, Dios. Ya no te necesito ahora".

De nuevo entramos en el tema de las relaciones. Dios no se engaña con nuestros cuentos. El lee nuestros corazones. El sabe si estamos jugando, o si verdaderamente deseamos que more en nuestros corazones.

El ha mostrado que está dispuesto a todo con tal de ganar nuestro amor.

El universo de Dios fue diseñado para ser un lugar de amor y confianza. Se planeó como un medio ambiente diametralmente opuesto a lo que conocemos actualmente. Y cuando el mal llegue a su fin, todo volverá a ser como antes. Para una persona que ama el pecado, el cielo sería desesperadamente aburrido y vacío. Como un concierto de música de cámara para un fanático de hockey. Como un concurso de bordado para un conductor de autos de carrera.

El plan de salvación fue diseñado para satisfacer las necesidades de la humanidad. No fue diseñado para forzar a los que no sienten ninguna necesidad. La salvación está a nuestra disposición. Pero no nos será impuesta.

Viviendo la vida cristiana

El aspecto final del plan de salvación involucra el impacto del amor de Dios sobre la manera en que vivimos.

Cindy había aceptado a Jesús como su Salvador personal. Estaba sumamente entusiasmada por haber llegado a ser cristiana. Dios era muy real para ella; sentía su presencia en cada aspecto de su vida. Pero por alguna razón, parecía que Cindy no podía poner su vida

personal en orden. Aunque tenía la mejor de las intenciones, continuaba cayendo en el pecado. Tenía una camiseta que decía: "Tantos hombres, tan poco tiempo". Y su vida concordaba con el letrero. Quería mejorar, pero era muy débil.

¿Era Cindy una verdadera cristiana? ¿Acaso una cristiana genuina continuaría cayendo en el pecado como Cindy?

Muchos asegurarían que, en el nivel teórico, Dios amaba y aceptaba a Cindy tal como era. Sin embargo, en un nivel práctico y personal, quizá nos sintamos muy incómodos cerca de alguien como Cindy. Tendríamos la insistente sospecha de que si Cindy fuera completamente sincera, habría crecimiento en su vida. Por mucho que quisiéramos que Cindy fuese aceptada y formase parte de la iglesia, no querríamos que nuestras hijas ni nuestros hijos pasasen mucho tiempo con ella.

¿Por qué? Porque todos esperamos que las acciones sean un reflejo de la actitud de las personas. Creemos que la fe genuina produce una vida cambiada.

Cindy puede ser un ejemplo extremo, pero muchos de nosotros conocemos la experiencia de haber tratado arduamente de vivir la vida cristiana, sólo para sufrir un chasco por causa de nuestra conducta.

¿Cómo es que una persona puede vivir una vida de fe dinámica? La Biblia nos dice: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17). A esta experiencia se la llama el "nuevo nacimiento" y constituye una realidad espiritual vital.

El plan de salvación no es complicado. Involucra el sorprendente sacrificio de amor de Dios para atraernos hacia él e incluye nuestra aceptación de ese don. Cada vez que tratamos de añadir otros elementos a esta mezcla, disminuimos su vitalidad y dificultamos su comprensión.

No obstante, este bosquejo sencillo y elocuente de la salvación tiene un gancho: *Debe vivirse en medio de un*

mundo real y en el mundo tenemos que luchar diariamente contra tentaciones muy reales.

A lo largo de los siglos han vivido hombres y mujeres que han tratado de apartarse del mundo para no tener que enfrentar tentaciones y pruebas. Pero el resultado siempre ha sido el mismo: su espiritualidad gradualmente se fue distorsionando. Los cristianos deben vivir dentro del mundo, luchando cada día contra las presiones del pecado y aprendiendo a confiar cada día más en Dios.

La vida cristiana de ninguna forma implica aislarse del duro mundo de la realidad. Ser cristianos no nos hace inmunes a los problemas ni a las tentaciones. Vivir una vida cristiana normal involucra una lucha constante contra los rasgos más oscuros de nuestra naturaleza. No nos "curamos" de la tentación cuando somos salvos. Sólo hemos transferido nuestra lealtad a un nuevo Señor y nos hemos conectado con una nueva fuente de poder.

La aventura cristiana

Cuando acepto a Jesús como mi Salvador, me inicio en una aventura maravillosa. Anteriormente, había sido leal sólo a mí mismo. Ahora decido ser leal a alguien más. "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:14-15).

Dios está obrando en la vida del cristiano. Nos cambia de hombres y mujeres egoístas y pecaminosos, en seres humanos amantes y serviciales. Nos reconcilia consigo mismo y entonces nos pide que nos ocupemos en la reconciliación de otros. "Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación" {2 Corintios 5:18).

Este cambio no ocurre de la noche a la mañana. A veces parece que por cada paso que damos hacia adelante, damos dos hacia atrás. Pero Dios nunca se desanima y nosotros tampoco debíamos hacerlo. Tal como escribió

el apóstol Pablo: "Siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora; estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:4-6).

El proceso de nuestra transformación está en las mejores manos posibles: las manos de Dios. ¿Pero habrá algo que *nosotros* pudiéramos hacer para ayudarlo? Desde luego. Podemos cooperar bastante con Dios mientras él nos dirige en medio de circunstancias que nos convierten en seres humanos más cariñosos y amables. El proceso de refinar nuestros caracteres es uno en el que nuestra voluntad y nuestro esfuerzo juegan un papel muy importante.

Pero debemos tener mucho cuidado para no confundir la obra de Dios con la obra del hombre.

La obra de Dios y la obra del hombre

Si hay un aspecto de la vida cristiana que ha causado más confusión y desacuerdo entre los cristianos que ningún otro, es el asunto de cómo se relacionan nuestras obras con lo que Dios ya ha hecho en el Calvario. Algunos dicen que no hacemos nada; otros argumentan que tenemos una participación muy importante.

El asunto que debe quedar claro en nuestras mentes es la distinción entre la salvación y la edificación del carácter. La salvación es un don gratuito de Dios. Nada de lo que logramos en el área de la edificación de nuestro carácter nos hace más merecedores de la salvación ni nos concede este supremo don. Esto es algo totalmente ajeno a nosotros, logrado por Dios en base a lo que él es y no por causa de lo que nosotros somos. Después de toda una vida de crecimiento y maduración cristiana, no merecemos la salvación ni un ápice más que cuando primero aceptamos a Cristo. Nuestra única función en relación con la salvación es la de aceptarla.

Pero no cometa un error. Dios tiene planes ambicio-

sos para nosotros. El desea reconstruir en nosotros el carácter amante que Adán y Eva tenían antes de la caída, y él necesita nuestra cooperación para lograrlo.

Al final del ministerio terrenal de Jesús, él reunió a sus discípulos y les dio su mensaje final. Les lavó los pies para mostrarles el principio de la humildad. Comió la Pascua con ellos y partió el pan, ilustrando cómo su cuerpo sería quebrantado por ellos y por el resto de la humanidad. Finalmente les dijo:

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (S. Juan 13:34-35).

¿Será posible exigir amor? Sí. Porque el amor no es lo mismo que afecto. Ni tampoco es pasión. El amor es interesarnos por el bienestar de otros como Jesús se interesó en nosotros. Es estar dispuestos a entregarnos a nosotros mismos totalmente y sin egoísmo. Jesús dijo: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (S. Juan 15:12-13). Este tipo de amor es la misma esencia del cielo y es algo que recibimos de Dios y lo desarrollamos por la práctica. Es algo en lo que, por la gracia de Dios, podemos mejorar mientras más lo practicamos.

El gran objetivo de Dios para nosotros es que aprendamos a amar. El sabe que sin amor nunca podríamos apreciar la vida eterna. Sin corazones transformados por el amor, no encontraríamos felicidad en los atrios celestiales.

Por eso es que Dios nos guía a través de circunstancias en la vida que hacen posible que aprendamos a amar. Por ejemplo, nos permite tener hijos, con todas las maravillosas oportunidades para aprender a amar que la crianza de niños nos provee. Nos presenta a otras personas con necesidades especiales, ya sean individuos

o grupos numerosos de personas que necesitan de la ayuda que sólo puede proveerse mediante un esfuerzo colectivo. A menudo, el Señor permite que nos sobrevengan crisis para producir en nosotros el crecimiento espiritual que nunca habríamos experimentado de no ser así. El nos da la oportunidad de crecer en infinidad de maneras sutiles que casi nunca percibimos.

Pero debemos aprovechar estas oportunidades.

De nuevo, el asunto clave es nuestra decisión. Cuando el plan de salvación comenzó, todo se fundamentó en el don del libre albedrío. Dios permitió que esto sucediese, de manera que fuésemos libres para escoger. El sacrificó a su propio Hijo para asegurarnos esa libertad.

Así que ejercitemos nuestro libre albedrío escogiendo a Dios y su voluntad en nuestra vida. Esta decisión no sólo traerá como consecuencia nuestra salvación, sino que también nos producirá felicidad presente.

Felicidad para siempre

—Papá, ¿por qué mueren los niños?

—Susana, el pecado causa su muerte. El pecado, feo y horrible. No el pecado de Consuelo. No el pecado de sus padres. Sino el pecado del cual todos hemos sido participantes voluntariamente. No hay manera de ocultar la dura verdad de que nosotros —la raza humana— somos culpables por haber caído en el pecado. Y advertimos los trágicos resultados en nuestro mundo maldito por la presencia de este mal.

—Pero las buenas nuevas, Susana, es que Dios ha diseñado un plan maravilloso para terminar todo el sufrimiento y la muerte. Y mejor aún, es un plan que nos asegura que el pecado jamás volverá a levantarse.

Detrás de todas las tragedias en nuestro mundo podemos ver las evidencias de la intención de Dios. El no puede cambiar las consecuencias del pecado, a menos que haciéndolo destruya la única esperanza que todos tenemos de que se ponga un fin al reino del pecado.

Para poder alcanzar este objetivo maravilloso, la aniquilación total del pecado, Dios ha pagado un precio sorprendente: un sacrificio de amor.

Un día, después de que el pecado haya sido erradicado y que esa celebración de la vida llamada eternidad haya comenzado, Susana y Consuelo podrán sentarse juntas nuevamente debajo de un hermoso sauce y compartir sus almuerzos. Sonreirán al observar las piruetas de las arduas que danzarán a su alrededor libremente, y pasarán largas horas juntas recuperando el tiempo perdido.

Y el gran plan de salvación de Dios se habrá completado.